

José Manuel Contreras de Lucas

Cuentos a orillas del río Cigüeñuela

5ª EDICIÓN

Ilustraciones: Noemí Contreras Magro



Cuentos a orillas del río Cigüeñuela

José Manuel Contreras (*Chema Contreras*)

© José Manuel Contreras de Lucas (*Chema Contreras*)
Correo electrónico: cuentosaorillasdelrio@josemcontreras.es
<http://www.josemcontreras.es>

© Dibujos: Noemí Contreras

5ª edición

ISBN:

Impreso por Amazon / *Printed by Spain*

Editado por Amazon

Dedicatoria

Quisiera dedicar estos cuentos a todos los abuelos y abuelas que trasladan su sabiduría, conocimientos, experiencia y cariño a sus nietas y nietos.

*Creo que la figura de **estos mayores** es fundamental; imprescindible diría yo, para el desarrollo de esos pequeños y pequeñas que sueñan con un mundo maravilloso que todos debemos ayudar a construir y mantener.*

Algunos de nosotros puede que no tengamos hijos o hijas, o que no tengamos nietas o nietos; sin embargo, todos hemos tenido abuelos y abuelas. Unos tuvieron la suerte de disfrutar de ellos; otros, no tuvimos la misma suerte, pues partieron antes de nacer nosotros, pero quizá tuvimos la fortuna de que alguien nos hablase de ellos.

Para todos los abuelos y abuelas; para todas las nietas y nietos, mi admiración y cariño.

José Manuel Contreras (Chema Contreras)

Índice

El río Cigüeñuela

Ramón y sus amigos del río Cigüeñuela

Las Tierras del Polo

La concha mágica

El Monte de la Atalaya

Actividades El río Cigüeñuela

Busca palabras después de la lectura

Preguntas a responder después de la lectura

Haz un dibujo

Actividades Ramón y sus amigos del río Cigüeñuela

Preguntas a responder después de la lectura

Sopa de letras después de la lectura

Ayuda a Josema a escribir versos

Actividades Las Tierras del Polo

Encuentra sinónimos después de la lectura

Preguntas a responder después de la lectura

Continúa tú la aventura

Actividades La concha mágica

Descubre la frase

Preguntas a responder después de la lectura

Julio te propone hacer dos acrósticos

Actividades El Monte de la Atalaya

Completa las frases, después de la lectura

Preguntas a responder después de la lectura

Busca palabras con tilde, después de la lectura

El Monte de la Atalaya

Aquella noche, como todas las noches que pasaba en el pueblo con mi abuelo, intenté dormirme muy pronto, pensando que así llegaría antes la mañana. Con el nuevo día, saldríamos a pasear por el campo y mi abuelo me contaría otra historia, otra de esas fantásticas historias, de las que él se sabía.

- Descansa bien, zagal —a mi abuelo le gustaba llamarme así algunas veces—. Para mañana he preparado una bonita excursión. Nos llevaremos bocadillos, agua y algo de fruta para comer por el camino y regresaremos a casa al caer la tarde.
- ¿A dónde vamos a ir, abuelo? Sí que tiene que ser lejos si tenemos que llevar comida. ¿Vamos a madrugar mucho? A mí no me importa, yo no tengo sueño. ¿Hacia dónde vamos a ir? —interrogue a mi abuelo como si fuera una auténtica máquina de hacer preguntas; sin darle ni tiempo a que respondiera.
- Ahora debes dormir y descansar —me interrumpió mi abuelo—. Mañana tenemos una buena caminata.

— Está bien, abuelo. Hasta mañana –dije resignado, y dándole un beso subí salí corriendo hacia mi habitación con la intención de dormirme más rápido que cualquier otra noche.

Recuerdo que me costó un poco coger el sueño; pero por la mañana, en cuanto oí a mi abuelo trastear en la cocina pegué un salto de la cama, y en menos de un suspiro me había lavado; me había vestido; y había hecho la cama.

— Buenos días, abuelo –saludé alegre entrando en la cocina.

— Buenos días, Josema ¿Has descansado bien? –preguntó mi abuelo mientras guardaba unos bocadillos en la mochila.

— Sí, gracias. He dormido como un tronco ¿Nos vamos ya? –pregunté nervioso sin tan siquiera interesarme qué tal había descansado él.

— Tómate primero el desayuno que te he preparado. Tienes que coger fuerzas para todo el día.

Rápidamente y como si no hubiera comido nada en una semana, devoré todo lo que mi abuelo me había preparado.

— Coge tu gorra para el sol y esa mochila más pequeña, que comienza nuestra excursión –dijo mi abuelo, cuando comprobó que ya había desayunado, recogido la mesa y fregado los cacharros para el desayuno, mientras él, que ya había desayunado terminaba de preparar las mochilas.

Comenzaba nuestra excursión y yo caminaba al lado de mi abuelo; orgulloso; con paso firme; derecho como una

vela; y con mi gorra visera de color azul que me había regalado por mi cumpleaños, hacía dos meses, bien calada.

Y eso que la mochila que yo llevaba pesaba lo suyo. Mi abuelo me miraba de reojo, le sorprendí algunas veces; pero no decía nada y yo tampoco. No me atrevía a preguntarle hacia dónde caminábamos. Era una mezcla de curiosidad por un lado y de no querer desvelar el misterio por otro.

Una vez en las afueras del pueblo, tomamos un camino hacia las montañas. Era la primera vez que hacíamos una excursión en aquella dirección.

— Abuelo, ¿vamos a las montañas? —pregunté.

— Nos desviaremos antes de llegar —respondió sin dejar de caminar.

— Están muy cerca.

— Es lo que parece. Pero la vista nos engaña muchas veces. No están tan cerca, pero al ser tan grandes nos parece que casi podemos llegar hasta ellas lanzando una piedra.

— Podíamos subir las montañas. A mí me gusta mucho escalar —confesé.

— Lo dejaremos para otro día. Para otra excursión. Hoy vamos a subir a ese monte alto que se eleva a nuestra izquierda —señaló mi abuelo—. Es el Monte de la Atalaya.

— Sí que es un monte alto. Pero no tiene apenas vegetación, ni árboles como los otros montes o montañas —advertí.